





IOJ



JOI

ÁNGELA SEGOVIA



Ediciones La uña RoTa  
*Colección Libros del Condotiero*

*Joi*

Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Ángela Segovia

Diseño de cubierta: Javi Tortosa / Democràcia estudi

Maquetación: Arcadio Mardomingo

© 2026, de la presente edición en castellano  
para todo el mundo:

Ediciones La uÑa RoTa, S. L.

Apartado de correos 380

40080 Segovia

Correo electrónico: ediciones@larota.es

www.larota.es

ISBN: 978-84-18782-79-4

Depósito legal: SG 22-2026

Impresión: Villena Artes Gráficas

Printed in Spain – Impreso en España

Este libro recibió la Subvención para la  
Creación Literaria del Ministerio de Cultura



MINISTERIO  
DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO,  
DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA

A mis demonios. Contra ellos.



«Y el hombre blanco de la izquierda le hendió el pecho con un cuchillo de oro, y le sacó el corazón, del que exprimíó la sangre negra. Y el hombre blanco de la derecha le hendió el vientre con un cuchillo de oro, y le sacó las vísceras, que purificó. Y volvieron a poner las entrañas en su sitio, y desde entonces el Profeta fue puro para anunciar la fe. Es ésa una pureza sobrehumana que principalmente pertenece a los seres angélicos. Sin embargo, también los niños son puros».

Marcel Schwob

«Nadie será totalmente leal respecto al amor, si no se le somete, y si no es complaciente con los extraños y con los vecinos, y si no es obediente a todos los de aquellas moradas.

El que quiere amar debe profesar obediencia a mucha gente, y le conviene saber hacer acciones amables...».

Guilhem de Peitieu



# LA DESAPARECIDA



Quizás hay personas destinadas a acumular conocimiento mientras que otras estamos destinadas a perderlo. Perdemos todos los puntos de referencia. Conservamos solamente un sentido de lo general. Algo instalado en nuestro cuerpo que conversa con el mundo. Tenemos la sensación de habernos ido muy lejos. Nuestros parientes pueden llamarnos enfermos y llevarnos al hospital. Unos ojos vidriosos que no expresan ninguna señal de reconocimiento, eso les resulta aterrador. Sin embargo, no son menos valiosos esos ojos. Si existen ha de ser porque lo ha querido Dios. Digo Dios pero podría decir cualquier otra palabra. En el fondo todas las palabras se refieren a lo mismo. También las plantas hablan de eso cuando el viento las interroga y cuando el sol las hace crujir, y se acercan a ello incluso más que cualquier palabra. Por eso no me molesta cuando me dicen que parezco un vegetal. ¿Qué otra estirpe podría preferir? ¿Qué otra aspiración podría tener aparte de parecerme a una planta? El tiempo pasa. Pero la gente sigue cuchicheando cuando me ve. A mí me lo puedes contar, dice Aurelia a veces. Me invita a tomar un café con su propio dinero. Yo sonrío y bajo la mirada.

Cuéntame tú lo que dice la gente, le pido yo.

Ella habla en voz baja mientras remueve su café.

Que te secuestraron y luego te devolvieron al bosque pensando que estabas muerta.

Que te llevaron los extraterrestres y que hicieron experimentos con tu cerebro.

Que te escapaste y sobreviviste en el bosque todo ese tiempo, alimentándote de moras y de pequeños animales y que te volviste loca y perdiste la memoria.

¿Y tú cuál te crees, Aurelia?

Ninguna, dice ella.

Todas las tardes, excepto cuando llueve o nieva, Aurelia conduce mi silla de ruedas por el Paseo de los Enamorados y se detiene frente a una familia de álamos. Los álamos son mis árboles preferidos. El más grande casi toca el cielo con sus hojas. Su cuerpo es blanco como las nubes. Debajo hay muchos hijuelos, cada uno de un tamaño. Tienen las hojas verdiblancas y cubiertas de una especie de terciopelo. Aurelia me acerca todo lo que puede y yo logro rozar las hojas de uno de ellos. Su tacto me trae recuerdos desconocidos, sensaciones que me hacen pensar que una vez fui una persona junto a otras personas, con una historia y una personalidad. Ahora solo soy una de ellas, una hoja que mueve el viento. A veces el viento es suave, a veces muy violento. Vemos el atardecer desde allí, cae grano a grano sobre los tejados de los chalets y sobre las montañas. Todo se vuelve naranja por un momento. O a veces de color rosa. Y una cree haberse escapado del verdadero mundo. ¿Aún sigues ahí, Aurelia?, pregunto a veces. Aquí sigo, hija, dice ella. Y da la vuelta a la silla y nos vamos para no llegar tarde. Yo sola puedo subir las escaleras apoyándome en las barandillas. La pintura verde está un poco descascarillada y noto en las palmas de las manos las partes levantadas y las zonas oxidadas. Aurelia cierra la silla y la guarda en el cuarto de la caldera, junto a la vieja bicicleta infantil que supongo que debió de ser mía. A veces tengo la tentación de sentarme en el sillín. Pero nunca lo hago. Subo directamente. Mamá me espera con la cena servida en la cocina. Mientras ceno

ella friega los platos. En ocasiones la radio aplaca el silencio abierto entre nosotras. Otras veces nos gusta sentirlo. Tomo un vaso de leche. Algunos días en el platillo hay una galleta. No puedo distinguir el motivo. Mamá me tiende las muletas y me acompaña al baño. Me espera en la puerta hasta que salgo. Yo me quedo mirando las baldosas y pierdo la noción del tiempo. Entonces ella toca la puerta dos veces. El baño está enfrente de la habitación donde duermo. Ella me ayuda a acostarme y apaga la lámpara de los flecos, que está un poco quemada por un lado. Buenas noches, dice. Luego se apresura a salir del cuarto como si tuviera miedo de permanecer conmigo a solas mucho más tiempo. Cierra la puerta suavemente y oigo sus pasos menudos alejarse por el pasillo. Me parece que se estuviera metiendo en otra dimensión. Cuando ya sólo oigo el tictac del reloj de pared vuelvo a encender la lámpara y me pongo a divagar. Pienso mucho en el hospital. Imágenes que se deslizan lenta o aceleradamente por mi cabeza.

Corredores largos y muy fríos.

Con una luz azul o gris. Baldosas blancas donde a veces me apoyo desnuda, después del baño. Una luz que nos lleva volando, tristes. Todo el mundo está triste en la primera planta del ala oeste del hospital. Sucesivas compañeras de cuarto. Al principio, una joven envejecida, de piel anaranjada. Apenas tenía visitas pero de vez en cuando le llegaba una cajita de yemas de las monjas. Comería sólo esto, dice. Por las noches desata el lazo de raso y come dos yemas, una para cada niña, dice palpándose la tripa. No puedo darte, dice. Tenemos que crecer. Me mira con los ojos maliciosos. No tiene ningún hijo ahí dentro, lo sé, ese es el problema. Yo te conozco, me dice. Eres codiciosa, si desaparece una yema habrás sido tú, se lo diré a la Sonsoles. Satanás. Veintidós camas en el ala oeste del hospital, en la unidad de rehabilitación psiquiátrica. Muchos

van rotando. Están en crisis. A menudo no saben por qué. Ese es el problema. A veces les ha sucedido una desgracia. Han perdido a toda la familia. De golpe. En esos casos se recuperan antes. Somos como extraterrestres. La mayoría demasiado jóvenes. Pequeños suicidas. Cuando están mejor les mandan al hospital de día. Para llegar aquí hay que pasar por el área de neonatos, pediatría, lactancia. Los enfermos mentales son más pequeños que los neonatos, pasan volando por el corredor, se quedan mirando a los bebés. Les parecen enormes. Los bebés lloran, son terribles. O una delicia. Según. Al otro lado de las ventanas llovizna. Pasan los patos señalando el sur. Se espera la reinserción de los pacientes psiquiátricos, se espera para ellos un futuro alentador. Se habla de eso en las reuniones. En los pasillos. En las consultas. Nos adornan la sangre con pastillas. Vamos lentos por los corredores, bajo la luz azul o gris, bajo el efecto de las pastillas es fácil dormir, comer. Todo es fácil. Los camisones aleutando. Nos dejan vestirnos con nuestra ropa sólo si vamos a salir a la calle. Para salir es necesario un permiso. Por la mañana, antes de ducharnos, vamos al carrito a recoger los camisones limpios. Están rígidos por la lejía. Huelen como las manos de mamá. Hace quince años naciste en este hospital, dijo papá. Lo dice cada vez que viene. Hay hechos objetivos, dice el doctor. Hechos objetivos quiere decir que te diriges hacia ellos, pienso. Eso sólo denota voluntad. Son sólo eso, pienso. Hechos objetivos. Pensamientos. Hay unas flores que se llaman pensamientos. Azules, amarillas o rosadas. Podría decir que creo en ellas. Los únicos pensamientos en los que puedo creer. Papá, tráeme flores. No soy capaz de decirlo en voz alta, sólo lo digo en mi cabeza. A la niña del final del pasillo le cambian las flores todas las semanas. A veces se la llevan a otra planta y vuelve con un tubito ensartado en el brazo y flores nuevas.

Papá me dijo que el día en que me encontraron en el bosque los ríos subterráneos volvieron a fluir. Antes de eso el bosque había estado secándose. Cada año más seco, eso decía papá. Hasta que yo regresé. También la luz del sol había cambiado, según él. Es difícil describir la luz en la que vivimos. Una luz que oculta la luz. Pero bajo ella las ramas caídas se irguieron y los pinos reverdecieron, como si estuvieran envenenados de vida. Y volvió a oler a tomillo y a manzanilla. Al menos eso dicen. Yo no lo sé, no he vuelto a pisar el bosque y nunca jamás lo haré.

El tiempo corre muy rápido o bien se arrastra. Una semana pasa como un día. Un día dura una semana. Desaparecí un día de invierno en el bosque a los doce años de edad. Me encontraron dos años después en el mismo bosque. No recuerdo nada, ni de los dos años en que estuve perdida ni de los previos. Como si la nieve se hubiera posado por encima de mi memoria y hubiera alterado mi percepción del tiempo. A veces, al anochecer, creo que está amaneciendo, o al contrario. Tampoco estoy segura de cuánto tiempo estuve en esta casa antes de ir a parar al hospital. Pudieron pasar días, semanas o incluso meses. Pero recuerdo que durante los días anteriores a mi ingreso, la luz blanquecina que emanaba del cielo me resultaba insoportable. Los ojos me dolían y no dejaban de lagrimear. Cuando me quejé señalando mis párpados enrojecidos, aquellos que decían ser mis padres bajaron las persianas y la casa permaneció en penumbra. Un olor putrefacto salía de mi pierna. Tenía fiebre y dicen que deliraba, que hablaba en otra lengua, una lengua extranjera. Luego, en el hospital, estuve inconsciente durante días. Al despertar, súbitamente, tuve un recuerdo de mi primera infancia, me acordé del jilguero y del canario, de sus jaulas colgadas en el balcón de la

casa. Que me gustaba escucharlos cantar y que permanecía mucho tiempo sentada entre ellos. Según me dijeron, esos pájaros habían sido de mi abuelo, él había muerto pocos meses antes de que yo regresara. Me enseñaron algunas fotografías suyas. Tenía la cara surcada por una gran cicatriz. Lo que puedo decir sobre su aspecto es que hay algo extraño en la historia, en cómo la historia se repite en los detalles menos predecibles. También la memoria es extraña. Al menos la mía. Recuerdo la aritmética, la literatura castellana, los ríos y afluentes de Europa, los detalles de la morfología lingüística y del cuerpo humano, todos los órganos y sistemas, el funcionamiento de la célula, la división de los reinos animales y puedo recitar poemas enteros. Pero todavía me sorprende el rostro de mi madre cuando entra a despertarme por las mañanas.

Se supone que ya era diferente antes de desaparecer en el bosque. Distinta de las demás niñas. Distinta de todos los demás. No tanto como ahora, pero no se puede asegurar que no hubiera acabado así de todos modos. Una enferma de psiquiatría. Una inválida. El pensamiento me recorre como un hilo de plata, adorna mis movimientos. Es el viento el que decide si me muevo para un lado o para el otro. Me gusta pensar que vivo cerca del suelo, donde puedo ser pisoteada. Que las flores crecen a mi alrededor. Las veo y todas me parecen negras, pero no quisiera verlas de otro modo. Si cierro los ojos, se deshacen en cenizas y un líquido denso las envuelve, se van flotando por él. Me despido de ellas como si fuera yo la que se aleja.

Me siento triste. Creo que desde siempre. ¿Es posible eso? El doctor dice que detrás de tanta tristeza siempre hay un exceso de alegría, una alegría que no encontró el modo de acomodo-

darse en el mundo. Las personas me miran. Otra vez no debo estar haciendo lo correcto. En los primeros tiempos, la mujer a la que debía llamar mamá me vigilaba y me corregía cada gesto. Yo no la entendía. Las normas sociales resbalaban por mis hombros y caían al suelo, lejos de mí. Todavía me resultan ajenas. En presencia de la gente me pongo nerviosa, por eso cada vez vivimos más aisladas. Aurelia, mamá y yo. Ahora ella ya no me corrige. Me ha dado por perdida. A veces me gustaría dormir. Un talud de sueño. Todo el día. Pero algo tira de mí, me levanta el cuello hacia arriba. Es así desde que recuerdo. No puedo descansar. Al principio me sentía asfixiada en mi dormitorio infantil. Lazos y muñecas. Una soga negra. Le pedí a mamá que me dejara trasladarme al antiguo cuarto de la bisabuela, donde ella misma había guardado cama durante los años de mi ausencia. Ella se negó. Después, cuando volví del hospital, encontré allí una cama adaptada que mamá había conseguido que le prestaran. Quizás se sentía mal por no haber venido a visitarme. Quizás, incluso, había desarrollado un afecto por mí durante ese tiempo. O más probablemente, aún tenía esperanzas de que volviera su verdadera hija, la primera.

En el hospital también me sentía asfixiada. Cables en lugar de lazos. Enfermas en lugar de muñecas. La vigilancia era incluso más estrecha. Sin embargo no resultaba tan dolorosa. Las enfermeras no tienen miedo de lo que pueden averiguar. Observan sobre un mapa de referencias dadas, anotan lo normal y lo anormal, ningún detalle representa nada especial para ellas. Están acostumbradas a todas las excentricidades. Nosotros, en cambio, no logramos acostumbrarnos a nada. Cada mañana el silbido de la hermana Angustias, la que nos trae el desayuno, me causa una impresión distinta. Ninguna

noche logro descansar. Eso no me importa, pero me gustaría estar tranquila, sentirme sola un rato. En los hospitales las noches están conjuradas, son sumas de pequeños paréntesis. Yo trato de reunirlos. Cada vez que oigo los carros en el pasillo, la puerta que cruje, la luz que empequeñece mis pupilas que ya estaban en paz, al fin negras en lo negro, cavo un hoyo en mi mente y me escondo. En realidad desearía pasar toda la noche despierta porque si una noche no entrara ninguna enfermera Dios sabe qué podría pasar. Cuando descubren que no duermo me fuerzan a tomar pastillas. El doctor insiste en que debe dormir, dicen las enfermeras. Obedezco. Pero la tristeza no me abandona ni cuando estoy dormida. No sueño nada. Nadie sueña nada aquí. Dormimos como si muriéramos. Nos despiertan dolores soterrados en nuestros espíritus. La joven envejecida duerme en apnea, como si la metieran en un tanque de agua, siempre se despierta sin aire, y sedienta.

Al amanecer lucho por despertar. Me levanto silenciosa y me pongo de pie junto a la ventana. Observo las copas de los árboles. Se mecen. Yo también, como ellos. Mareada por el clonazepam. Erguida sobre mi única pierna, un poco antes de que el día vuelva a empezar. Desde el principio me levanto de ese modo. Las enfermeras gritaban asustadas. Corrían a agarrarme con miedo a que me desplomara. Yo permanecía quieta, mirándolas. Los traumatólogos me reñían, tienes que ir poco a poco, fortalecer los músculos. No puedes levantarte así. Para mí, era como si me hubiera faltado esa pierna desde siempre. El jefe de Psiquiatría dice que esa fuerza viene de un lugar interior, oculto. Para él todo está oculto, le importa solamente lo que no se ve tras lo que se ve. Pobrecillo, tiene mucho trabajo, lo pienso cada vez que le veo. Yo, en cambio, solo creo

en lo exterior y no me interesa nada lo que está escondido, por algo será que se esconde. La joven envejecida ronca detrás de mí. A veces me parece escuchar gruñidos de una bestia salvaje. Al día siguiente: vaya nohecita me has dado, dice. No dejas de roncar. Voy a pedir que me cambien de cuarto, ¿me oyes? Nos traen el desayuno. Café con leche y una magdalena. Biscotes con mantequilla y mermelada. Todo dulce, me produce repulsión. Me bebo el café. Mi compañera alarga el brazo y me roba la magdalena. Yo no protesto. Tiene un brazo muy largo para ser tan pequeña. No hablo. No mucho en todo caso. Piensan que estoy afásica. Está bien que así lo piensen. Hablar es una pérdida de tiempo. Todos los días me obligo a bajar al patio para mirar los árboles de cerca. Para sentir el viento y el sol. Cuando llueve o nieva se niegan a llevarme. Sólo entonces deseo verdaderamente marcharme.

Afasia o mutismo selectivo. Amnesia retrógrada. Trastorno de alimentación. Trastorno de sueño. Trastorno de crecimiento. Autolesiones. Severas. Estrés postraumático. La paciente no recuerda nada sustancial anterior al 26 de marzo de 2002. Terapia de aislamiento con resultados insatisfactorios. Me meten en máquinas ruidosas para mirarme el cerebro, tengo que estar muy quieta, lo hago perfecto, quizás demasiado. Después, los médicos hablan con mi padre. Ella no tiene ningún problema físico, el cerebro de una niña de doce años «normal». ¿De doce años?, dice mi padre. Sí, dice el doctor. Pero ella no tiene doce años. La paciente M. E. no responde a su nombre. Por largos periodos no profiere palabra. Pero escribe en un cuaderno durante la hora en que está permitido y suele salir al patio a la hora de las visitas. Tiene el aspecto de una niña normal de doce años a quien le ha sucedido una desgracia. Pero ella no tiene doce años.

En el despacho del doctor mis ojos recorren los lomos de los libros. Se me pegan a la palabra Roma, impresa en voluminosas letras doradas. Quiero ver las fotografías de un lugar que nunca pisaré, pienso. Codicio todos sus libros. ¿Por qué él puede tenerlos y yo no? En el ala de psiquiatría no nos permiten tener libros. Pero el doctor me deja llevarme uno de los suyos cada semana. Y las enfermeras no pueden quitármelos. La única condición es que no los ensucie y que los devuelva sin falta. Mi doctor es el jefe de Psiquiatría. Los demás enfermos me envidian, él solo tiene ojos para mí. Es bajito. Su cabeza es notoriamente grande. Abundante pelo grueso. La cabeza exacerbadamente grande bajo la que el cuerpo se advina enclenque. Las manos pequeñas, delicadas. Parece el mismo jefe de Psiquiatría de todos los hospitales. Dulce, despiadado. Cada semana me hace sentar en la silla. El tapizado ha sido arañado y arrancado por los pacientes. Es normal aferrarse a la silla. Es casi una tortura estar allí, delante de él. La represión es una forma de defensa, dice el doctor. Pero nunca funciona del todo, siempre hay algún cabo suelto. Cada semana lee mi historia en voz alta. La historia de cómo desaparecí y la historia de cómo volví a aparecer. Los hechos objetivos.

La señorita M. E. desapareció de su casa, en la población de Las Navas del Marqués, el día 23 de marzo del año 1999. Tenía doce años de edad. Ese día era domingo. Nevaba. Pero no hacía viento. Después de la misa de once, algunas personas la vieron dirigirse hacia la salida del pueblo por la calle Calvario y entrar en el túnel que cruza la carretera comarcal. A las tres de la tarde no había regresado a casa. Antes del anochecer se hicieron las primeras batidas por el bosque. Sin resultado.

El doctor lee la ficha. Observa a la paciente. Me observa. Anota mis reacciones. Yo me entreno para no reaccionar. El doctor levanta las cejas. Vuelve a leer la ficha de la desaparición. La lee una y otra vez. Busca mi reacción. Lee hasta encontrar algo en mi cara. Luego continúa, una y otra vez.

La señorita M. E. fue encontrada vagando por el área forestal en evidente estado de confusión el día 26 de marzo del año 2002. Tenía la cara y la ropa cubiertas de sangre y eso fue lo que permitió que fuera vista por el alguacil que hacía ronda casualmente en esa zona.

El rojo de la sangre destacaba en el blancor de la mañana invernal. Como un colgante.

El doctor golpea las fichas sobre la mesa de aluminio, las alinea.

A menudo me siento nerviosa. Me toco el pecho. Mi corazón salta a destiempo. Lo poco que sé del mundo parece haber permanecido en mi interior fruto de una extraña casualidad. Pequeñas islas rodeadas de niebla, sueltas, en la nada, en realidad no significan demasiado. Sólo son vestigios. Si pasé tanto tiempo en el hospital fue porque el doctor se empeñó en que recordara. Un reto personal. Todo el mundo lo quería. Mi falta de recuerdos sonrojaba a los vecinos y hacía sufrir a mi madre. Después enervó al jefe de Psiquiatría. Pensaba que con sus técnicas podría arrastrar algún detalle de las profundidades de mi mente. Pero no había nada que arrastrar. Mi padre era el único que parecía conforme. A papá le gustaba acercarse al vacío de mi alma. Se diría que allí se sentía seguro.